

traído con Dios por nuestras pecados, y la manera de pagarla. Si, esta deuda es enorme, porque nuestros pecados son innumerables; y para saldarla, tenemos necesidad de que Dios nos dé tiempo, á fin de arrepentirnos de nuestras faltas, de confesarlas y de hacer penitencia. Pero tengámos mucho cuidado, no vayámos á empiéar en cometer nuevas faltas el tiempo que Dios quiere tambien acordárnas para expiar nuestras faltas pesadas. Es ése un gran escollo que évitar; tanto más temible cuánto que nunca sabemos el tiempo que Dios há resuelto concedernos. Es por éso que es preciso siempre usar del día de hoy cómo si fuéa el ultimo de nuestra vida; puesto que efectivamente él puede quitarla, y que lo es en realidad para muchos. Apresurémolos, pues, á arrojarnos á los pies de Dios; apresuremosnos á arrepentirnos de nuestras faltas, á confesarlas, y por ellas á comenzar la expiación que continuáremos enseguida, segun el tiempo que placirá á Dios darnos. Es el solo medio de obtener nuestro perdon; sino el medio asegurado. Empléemose, pues, con todo el cuidado de que sómos capaces, con todo el cuidado que pide el asunto mayor que haya para nosotros en este mundo; y á nuestra muerte, en lugar de ser vendidos al demonio encargado de éjercer sobre nosotros, en el infierno, las venganzas divinas, serémos recibidos por Dios en el cielo, para sér durante toda la eternidad sus bienaventurados adoradores. Así séa.

obras voluntarias. Si la disciplina eclesiastica há cambiado, la ley divina nó. La Iglesia disminuyendo el rigor, há cercenado á Dios en sus derechos? (La Luz, loc. cit.)

VIGESIMO PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOST/S.

SEGUNDA INSTRUCCION.

El servidor insolvente, habiéndose álejado de su ámo, maltrata á uno de sus compañeros.

I. Qué el olvido de la presencia de Dios es la principal causa del poco bien que hacemos. — II. Qué este mismo olvido es tambien la causa principal de todo el mal que cometemos.

El servidor del cuál se há hablado en la parábola que ácabo de léeros, y que debía diez mil talentos á su ámo, nos es representado en dos estados muy diferentes. Desde luego, le vémos en presencia de su ámo; y allí, aunque muy culpable, puesto que se há cargado, por sus dispaciones ó su negligente gestion, con una deuda enorme respecto de su ámo, sin embargo, no deja él de ostentar buenos sentimientos, y obrar tan bien como puede en su triste posicion, reconociendo sus agravios, pidiénlo perdon por ellos y prometiendo hacer todo lo que prodrá para repararlos. Pero despues de haber obtenido de la generosidad de su ámo el perdon inesperado de todo lo que le debía, sale y se áleja, y al momento, cesa de sér el mismo hombre, y le vémos arrojarse furioso sobre uno de sus compañeros que encuentra y que le debía una suma casi insignificante, le coge por el cuello cómo si quisiera ahogarle, no le concede demora alguna para que le pague, y finalmente, le hace poner brutalmente en prisión hasta que le hubiése pagado. ¿ De dónde viene un cambio tan subito y tan completo en este hombre, y cuál es la causa de ello?. Este cambio procede unicamente de que este servidor se había retirado de la presencia de su ámo; porque es claro que sí hubiera permanecido allí, no habría maltratado á su compañero á presencia del que pojjia en el acto castigarle por su brutalidad. Y cómo el ámo

del cuál se habla aquí, es la figura de Dios, y cómo su servidor representa á to los nosotros, los Santos Padres sacan de la conducta de este último esta doble leccion; primeramente, que el olvido de la presencia de Dios es la principal causa del poco bien que hacemos; en ségundo lugar, que este mismo olvido es tambien la principal causa de todo el mal que cometemos¹. Es de esta doble leccion que vámos á ocuparnos en esta mañana.

1. — *Qué el olvido de la presencia de Dios es la principal causa del poco bien que hacemos.* — Acabámos de advertir; mientras que el servidor de que se trata habia permanecido en presencia del Amo, se habia conducido tan bien cómo permitia su situacion, y habia realizado todos los buenos actos que era posible exigir de él. Cul pable, habia reconocido su falta sin buscar excusas, mucho ménos culpando á otro; sinó que por ello habia espresado su sentimiento y habia pedido perdo; arrojándose á los pies de su amo; y, por último, habia pedido tiempo para pagar, prometiendo que nada omitiría para llegar á este resultado. Pero ápenas álejado del amo, no se le vé ya animado de ningún buen sentimiento, ni réalizar ninguna buena accion. Su reconocimiento para su amo está ya olvidado. Su deber hubiese sido el de publicar, por todas partes, el beneficio insigne de que acababa de sér objeto, con el fin de que todo el mundo pudiese admirar y álabar la génerosidad de un amo tan bueno. Hubiese tambien sido su deber, al encontrar á áquel de sus compañeros que le debia la pequenez de cien dineros, perdonarselos, para honrar así á su amo imitandole, y procurar á su compañero la ocasion de alegrarse con él. Pero lo repito, una vez que este hombre se há álejado de la presencia de su amo, no se vé ya en él ni buen sentimiento, ni buena disposicion, ni buena accion.

1. *Egressus autem servus ille, invenit unum de conservis suis...* Deum presentem præ oculis non habere quam malum. 1^o Hinc transgredimur legem Dei. 2^o Hinc: tepide oramus. 3^o Hinc tam incauti et leves sumus in moribus. 4^o Hinc insolecimus, et laudibus delectamus. 5^o Hinc multi hypocritæ. 6^o Hinc timemus in periculis. 7^o Hinc languemus in bene operando (FABER, *Op. conc. dom.* 21. post Pentec. conc. 3. Auct.).

Y lo propio nos sucede á nosotros, cristianos. Mientras que estamos en la presencia de Dios, alimentámos en nosotros buenos sentimientos, formámos buenas resoluciones y réalizamos buenas obras. Pero en el momento en que nos álejamos de su presencia, no pensando ya que estamos siempre bajo su vista, entoncés cesámos, cómo el servidor ingrato de la parabola, de fomentar en nosotros los buenos sentimientos y los santos pensamientos, y de cumplir ninguna buena obra¹.

1. *Servus ille egressus.* Unde egressus? E domo domini sui, et a facie regis sui. Quamdiu in ejus domo, et coram facie ipsius egit, humilis fuit et timoratus, supplex et modestus, ad ejus genua procidit, flevit, oravit, omne specimen pietatis exhibuit? agnovit miseriam suam, agnovit et gratiam ipsius sibi necessariam. At ubi egressus est, immitis erantur et immisericos, crudelis et inhumanus, insolens et arrogans, impius et injustus, quamvis pallio justitie suam conetur cooperire insolentiam et inhumanitatem, dum dicit suffocans: *Redde quod debes.* Non absimiles huic censentur etiam hoc tempore nonnulli, qui (ut dici solet quodam apud vulgus proverbio) in templo et domo Dei videntur angeli, in foro et propria domo sunt velut diaboli. Scilicet in domo Dei apparent humiles, devoti, penitentes, oculos in cælum cum pietate elevantes, pectus cum compunctione percutientes, cum gemitu orantes, in sacrificio frequentes et perseverantes, in Dei verbo audiendo diligentes. At in foro sunt contentiosi, in platea detractores et contumeliosi, in negotio dolosi, in officina fraudulenti, in agro rapaces, in tribunali tygrides et immites, in domo rixosi et impatientes, iracundi et intolerabiles; in servos gerunt se ut leones, in conservos ut lupi. — Annon invenire est tales modo, tam inter mulieres, quam inter viros? At unde illa subita mutatio, quod aliter se gerant in templo et Dei domo et mox aliter in domo propria vel in foro? Quia scilicet, sicut servus ille de quo agimus, egressi a domo Domini sui, etiam a facie ejus egrediuntur. Si presentem semper sibi faciem Domini cuncta cernentem considerarent, ubique locorum humilitatem, mansuetudinem, modestiam, justitiam, veritatem, puritatem observarent. Egrediuntur utique a Deo, illi qui pii erga Deum videri volunt, et tamen ubi repererit conservum cum quo eis est negotium, immites inveniuntur et inhumani. Unde argute dixit Theophylactus de hoc servo: « Egressus servus qui veniam obtinuerat, strangulat ac premit conservum. Nullus enim qui in Deo manet, com-

Porque para formar santos pensamientos y hacer buenas obras, es preciso dos cosas : tener la intencion y el poder. Y estas dos cosas, las que olvidan que están en la presencia de Dios, no las tienen.

Los que olvidan que están en la presencia de Dios no hacen el bien, por lo ménos en el sentido cristiano de la palabra, en primer lugar, porque no tienen la intencion. Porque todo acto bueno en sí mismo, no es por éso una buena accion, del propio modo, que todo acto malo en sí mismo no es por éso una mala accion. Lo que hace la bondad ó la malicia moral de una accion, es la intencion del que la réaliza. — De dón le se sigue que un acto malo, réalizado por ignorancia ó inadvertencia, no es una mala accion. No se condenará cómo criminal al cazador que, creyendo tirar sobre un jabali oculto en una espesura, tira en realidad sobre un hombre que mata. Hay en éso un acto malo, ó mejor, si se quiere, un acto desgraciado: pero no una mala accion. Que si es necesaria la intencion

passionis est expers; sed ille egressus erat; et a Deo nunc alienus erat. » Vere egressus erat, qui non solum Dei et Regis sui, verum etiam tantæ gratiæ perceptæ confestim oblitus erat. Omne initium peccati nascitur ex oblivione Dei. Sed et proprium est impiorum et crudelium egredi a facie Domini. Nam de Cain testatur Sacra Scriptura, quod a facie Domini sit egressus. Gen. iv, 12. Et de diabolo, qui caput est impiorum, idem legitur : Egressusque est Satan a facie Domini. Job. 1, 12. Felix qui semper apud Dominum manet, omniumque actionum suarum facit eum arbitrum, et credit inspectorem : non potest non reperiri, et apud Deum pius, et apud conservum benignus (March. Rat. Prædic. dom. 21. post Pentec.). — *Egressus servus ille...* Hic spectari potest oblitio Dei, ejusque presentie, radix peccatorum. Causam enim, ex qua ingrati servi peccata proveniunt insinuat parabola, cum ait, eum egressum esse e conspectu domini sui; nam adeo temerarius non fuisset, ut in domini conspectu conservum suum ita opprimeret. — Similiter dicendum est, causam peccatorum nostrorum in Deum et proximum esse, quod e conspectu Dei egrediamur, et oblivioni tradamus Ipsum esse presentem, Ipsum judicem nostrum, Ipsum summum benefactorem, cui omni obligatione gratitudinis et obsequii obstricti sumus (Scaurpes, *Evang. illustr.* dom. 21. post Pentec.).

para hacer una mala accion, la es necesaria tambien para hacer una buena. Es por lo que se puede tambien decir de un rico, que dá maquinalemente á un pobre una moneda de plata, que há hecho un acto bueno, puesto que resulta un bien del mismo; pero de ningún modo que él há hecho una buena accion, moralmente hablando, puesto que al dar su dinero no há tenido el objeto de hacer este bien. Fisicamente es un buen acto; moralmente, es una accion indiferente, y esto, á los mismos ojos de la razon. Con más motivo es esto así á los ojos de la fé, que exige, para que un acto sea bueno y meritorio, no solamente que haya sido hecho con la intencion de producir un bien, sino con la intencion de producir este bien, porque Dios lo manda, y para ágradarle. Y si esta intencion, por lo ménos habitual ó virtual, si no actual y espresa, es requerida para hacer el bien, y para hacerle de una manera meritoria. ¿ cómo podrán tenerla áquellos, que no viven habitualmente en la presencia de Dios?. Porque si no viven habitualmente en la presencia de Dios, es que no piensan con frecuencia en él, puesto que no pueden pensar en Dios sin advertir que está presente; y si no piensan habitualmente con Dios, ¿ cómo tendrán la intencion de obrar con el proposito de obedecerle y ágradarle, condicion esencial para que sus actos sean buenos y meritorios á los ojos de la fé ?

Los que olvidan que están en la presencia de Dios no hacen el bien, en segundo lugar, porque no lo pueden. En el estado de nuestra naturaleza decaida, no hay más que dejarse llevar para hacer el mal. Pero para hacer el bien, es preciso luchar sin cesar, y luchar con fuerza, porque todo concurre á hacer la practica estremadamente difícil. Desde luego nuestras pasiones. Ellas no aspiran más que á una sola cosa, á satisfacerse; pero no se pueden satisfacer sus pasiones más que haciendo el mal. ¿ Quién puede satisfacer su venganza y no dañar al prójimo?. ¿ Quiéa puede satisfacer su lujuria, y no imprimir la vergüenza sobre las frentes y llevar la turbacion á las familias?. Y así de todas las demas pasiones. El mundo tambien concurre á hacernos estremadamente difícil la practica del bien, por sus seducciones, por sus malos ejemplos,

por sus máximas de relajamiento y de persecuciones directas contra los que quieren vivir según la fé. Pero el que nos hace más difícil todavía la practiva del bien, es el demonio, tanto á causa de su poder, cómo á causa de su habilidad y de su odio. Vosotros sabéis con que infernal perfidia há llegado á impedir á nuestros primeros padres, sin embargo entonces inocentes, de obedecer á Dios. Con nosotros, es más poderoso todavía; porque no nos ataca solamente por él mismo; se sirve además, para dificultarnos el camino del deber, de nuestros énemigos, es decir, de nuestras pasiones y del mundo, sobre los cuáles tiene una grande influencia, y él hace moverlas contra nosotros.

Y yo os pregunto: ¿qué es lo que nos dará la fuerza para hacer el bien, á pesar de los esfuerzos réunidos de todos estos énemigos, cóligados precisamente para hacernos la practica imposible? Será el pensamiento del deber? Sin quitar nada de su fuerza, este pensamiento, es évidente que es demasiado abstracto para poder sêr de una utilidad notable á la inmensa mayoría de los hombres! ¿Será el pensamiento mismo de la recompensa celeste? Séguramente este pensamiento há producido prodigios de virtud, y se puede recurrir con mayor ventaja. No se puede negar, sin embargo, que, á los ojos de muchas personas para las cuáles un *tuyo* vale mejor que *dos tu lo tendrás*, el álejamiento mismo de esta recompensa le quita una parte de su fuerza de estímulo. No es así con el pensamiento de la presencia de Dios. Además que este pensamiento implica directamente el de las recompensas y de los castigos futuros, tiene en su actualidad algo de particularmente énergico para hacer cumplir el bien que debe hacerse. Véd un soldado en el combate; si está álejado de sus jefes, la esperanza de ganar la cruz de los valientes le podrá, sin duda, sostener, hasta cierto punto, en medio del peligro; no hablo de los que esta esperanza no impedirá retroceder y huir, porque tienen más apego á la vida que á la cruz de honor; pero cuánto más animado no estará el mismo valiente, si combate á la vista de su general. En cuánto á los cobardes, no hay más que la sola presencia de su jefe que pueda hacerlos marchar en la hora del peligro. Pues bien, lo mismo

acontece en la vida cristiana, que es una batalla sin fin. La presencia de Dios, ó mejor dicho el pensamiento de esta presencia, es lo que puede darnos el mayor ánimo para hacer el bien.

Ella puede darnoslo bastante para cumplir sin vacilar nuestros deberes, hagan lo que hagan nuestras pasiones, el mundo y el demonio. Es, efectivamente, este pensamiento: Dios me vé, Dios me contempla, el que há hecho los santos, y que hace todavía todos días los buenos cristianos tan heroicos en el cumplimiento de sus deberes de los cuáles no meno precian ni uno solo. Que si nosotros, por el contrario, no hacemos más que poca ó nada de bien, si sómos frios en nuestras oraciones, lentos en socorrer á nuestro prójimo, perziosos en el cumplimiento de nuestros deberes, es unicamente porque no pensamos casi nunca en que Dios nos vé, unicamente porque nos olvidámos casi por completo de la presencia de Dios.

II. — *Cómo el olvido de la presencia de Dios es tambien la principal causa de todo el mal que cometemos.* — No solamente el servidor insolvente de la parábola, una vez álejado de la presencia de su amo, no tiene ya una buen pensamiento, y no hace una sola buena accion; sino que nosotros no le vémos ya réalizar más que actos malos. Aperciviendo al de sus compañeros que le debía cien dineros, se encoleriza contra él, despues pasando á los actos y á las palabras, le coje por el cuello, le habla con rudeza, menos precia y rechaza su supplica de esperar un poco de tiempo, y por ultimo, le hace poner preso. ¿Creéis que se hubiera así conducido en presencia de su amo? No, séguramente. Aunque no se hubiese contenido por el respeto que le debía, por lo ménos hubiera sido circunspecto por el temor de un justo castigo.

Pues bien, lo mismo es para nosotros. Es tambien el olvido de la

1. *Egressus servus a facie domini, invenit unum de conservis suis. Sisti-
tur ante Dominum servus, qui ei debebat decem millia talenta, et sup-
pliciter prece rogat Dominum, ut ad solvendum preberet inducias, et in-
ducias indulisit, et debitum liberaliter dimisit. Multis ergo bonis reple-
tus, egreditur lætus et hilaris. Sed, o instabiles hominum fortunæ! Mox
egressus, iram domini incurrit, multaque mala cum inveniunt, traditur*

presencia de Dios, cómo ácaho de decirlo, el que hace que cometamos toda clase de faltas. Un filosofo pagano habia reconocido que se desterrarían de la tierra la mayoría de los pecados, si hubiéramos un testigo con los que están á punto de cometer un crimen de cual quiere clase que sea 1. Tal es, efectivamente, nuestra naturaleza que no hay nada que nos impida hacer el mal cómo la presencia de una persona que no es nuestro cómplice. Así para un pecado que se comete en publico, hay millones que se cometen en secreto. Es por éso que el mundo, á pesar de la profundidad de su corrupcion conserva todavia algunas exterioridades honestas y una apariencia casi decente. Si la presencia de una persona cualquiera basta generalmente para impedirnos hacer el mal, la presencia de una persona de merito y de distincion nos lo impediría mucho más. Alguna vez, se hará todavia, en presencia de un inferior ó de un amigo, lo que nunca se atrevería á hacer delante de un superior ó de una persona reconocida por elevada honorabilidad? Quién se atrevería sobre todo hacer el mal delante de un rey, ó delante de un hombre proclamado cómo santo por la voz publica?

Pero si la presencia de un hombre cualquiera, ó aun del ultimo de los hombres, basta para impedirnos hacer el mal, cuánto más no estaríamos impedidos por el pensamiento de la presencia de Dios! Porque por un lado, su santidad es perfectísima, y no sabría sufrir el más minimo mal; y por otro, sus miradas son muy penetrantes, y ningun acto, ningun pensamiento tampoco, por secreto que sea, no puede escaparsele. Ese era tambien uno de los principales agravios de los paganos contra la religion cristiana naciente; ellos encontra-

torioribus, mittitur in tetrum ergastulum, donec redderet universum debitum. Unde tanta infortunia mox felici accidunt? Respondet docte Joan. de Sylveira hic: « Ex domini presentia multa bona hausit servus, ut esset mitis et humilis; at ubi a facie domini recedit, in multa mala incurrit. » Nam ex neglecta consideratione presentie Dei, omnia mala derivantur, (Mansi, *Biblioth. Index conc. dom. 21. post Pentec. tom. 4.*)

1. Maxime pars peccatorum tollitur, si peccaturis testis assistat (SERMONES).

ban que el Dios que se ádora es demasiado curioso, queriendo saberlo todo y enterarse de todo 1. No sucedía con el Dios de los cristianos cómo con los dioses paganos: estos tenían muchos ojos, pero no veían 2. El Dios de los cristianos, por el contrario, vé todo, lo mismo lo que pasa en el fondo de nuestros corazones cómo lo que brilla á la vista de todos, porque está presente en todas partes, y sus miradas penetran lo lo 3. Es por éso que el pensamiento de la presencia de Dios nos impide hacer el mal todavia mucho más fuertemente y por completo que la presencia de los hombres. Porque los hombres en presencia de quiénes podemos encontrarlos son pecadores cómo nosotros, culpables quizás del mismo pecado que queremos hacer; en ultimo caso, ellos no vén más que los actos y no los pensamientos. Dios, por el contrario, vé todo, lo que hace que el pensamiento de su mirada no nos detenga menos al borde de un mal deséo que al borde de una mala accion. El pensamiento de la presencia de Dios es tán poderoso para impedir todo mal que, si fuéramos muy vivo en nosotros, nos haría impecables en la tierra, cómo la vision béatifica hace impecables á los bienaventurados en el cielo. En cualquier asamblea que se encuentre, cualquier tentacion que venga, cualquier mal ejemplo que se véa, cualquier discurso escandaloso que se oiga, ¿ quién, pregunto, á treveríase en efecto á cometer una accion culpable, ó abandonarse á un mal pensamiento, si consideráramos muy seriamente que Dios le mira con la misma atención que si no hubiéramos más que el solo en todo el

1. Nolunt Deum tam curiosum, et in actus humanos nimium inquirentem (MINUT. FELIX, *Octav.*).

2. Simulacra gentium, argentum et aurum... Oculos habent, et non videbunt (Ps. cxiii, 4 et 5).

3. Quidquid semper operor, tu (Deus) pariter semper præsens ades, utpote perpetuus inspector omnium cogitationum, intentionum, delectationum, et operationum mearum (SANCTI AUGUSTINI, *Soliloq. c. xiv.*) — Ipse mendus est in publico, ipse in secreto. Procedis? Videris. Lucerna ardet? Videt te. In cubile intras? Videt te. In corde versaris? Videt te. Si peccaveris, quare, ubi te non videat, et fac quod vis (Id. serm. xlvii, de Dom.).

universo, porque es realmente así cómo Dios mira á cada uno de nosotros !?

Es el pensamiento de la presencia de Dios quién preservó de toda mancha al patriarca Henoch, á pesar de la universal depravacion en medio de la cuál vivió ². Es este mismo pensamiento que hizo al casto José vencedor de los asaltos de que éra objeto ³. Es también esta idea la que sostuvo á la inocente Susana en el rudo

1. *Dios me mira.* Ah! gran palabra para el que la comprende! Cómo ella es capaz de reprimir nuestras pasiones, de moderar nuestros deseos, de prevenir nuestros pecados, de sostener nuestro valor, de animar nuestro fervor, de regularizar nuestra conducta!. *Dios me mira*, siempre está presente, siempre atento conmigo, siempre piensa en mí: y yo no le miro, no estoy ántico con él, jamás en él pienso, qué vergüenza para mí!. *Dios me mira*, ¿ con qué respeto y qué modestia no debo estar en su presencia?. Los serafines se abisman de respeto delante de esta magestad, y yo, gusano de tierra, no tiento!. *Dios me mira*; me atrevería yo, delante de sus ojos tan puros, que no puede contemplar la iniquidad, hacer actos que no me atrevería delante de un hombre? ¿ me atrevería á pecar en su presencia, sabiendo que odia infinitamente al pecador y al pecado, y que para perderle no tiene más que quererlo?. *Dios me mira*, él penetra hasta el fondo de mi corazón, vé todos los movimientos, discierne todos los motivos que me hacen obrar; ¿ con que pureza de intención debo yo hacer todas mis acciones?. (Nepveu, *Reflex. chrét.* t. II). Dádme, decía alguien á quién se instigaba á hacer mal, dádme un sitio en dónde Dios no me véa, y haré el mal que me proponéis. No, dice San Augustin, un alma bien penetrada de esta verdad que Dios le mira cómo si estuviera sola en el mundo, que oye todas sus palabras y las anota en el gran libro, no pecaría nunca. No hay tentacion de la cuál la fé viva de esta divina presencia no triunfe; no hay vanidad que ella no corrija; no hay fragilidad que no sostenga; y, despues de la caída, no hay pecado que ella no inspire contricion. *He pecado contra el cielo y en vuestra presencia*, Luc. xv, 18, dice el hijo prodigo. Este pensamiento le confunde, porque, si pecar contra Dios es un mal, pecar en presencia de Dios es una monstruosidad de la cuál pocos hombres serian capaces si pensáran en ello (Hamon. *Medit.* 19, viernes despues de Pentecostes).

2. Gen. v, 22. — 3. Gen. xxxix, 9.

combate que tuvo que sostener contra los dos infames ancianos; antes que pecar en presencia de Dios, ella quiere mejor esponerse á morir cómo culpable á los ojos de los hombres ¹. Y es, por el contrario, porque Adán olvidó esta presencia, que desobedeció á Dios. Es también porque Cain lo olvidó, que mató á su hermano Abel ². El profeta Ezequias declara formalmente que la causa de todos los desordenes de Jerusalem fué su olvido de la presencia de Dios ³. No fué también más que despues de haber formalmente lanzado de su espíritu el pensamiento de la presencia de Dios, nos dice el profeta Daniel, que los dos infames ancianos de los cuáles se habla en la historia de Susana, se atrevieron á solicitar para el crimen á esta virtuosa mujer ⁴. Cuando, por ultimo, para no multiplicar más estos ejemplos, el desgraciado Judas comete el crimen de vender á Jesus?. Fué, nos dice el Evangelio, despues de haberse alejado de su Maestro ⁵. « No es, efectivamente, dice San Basilio, más que cuándo los hombres llegan á creer ó que Dios no los vé, ó que Dios no se ocupa de lo que ellos hacen, que se dejan arrastrar al mal ⁶. »

« Todos los santos, dice un antiguo predicador, han sido cómo estos animales misteriosos de los cuáles habla el profeta Ezequias,

1. Dan. xiii, 23. — 2. Gen. iv, 16.

3. Ezech. viii, 12. — 4. Dan. xiii, 9. — 5. Joan. xiii, 30.

6. Orat. 2. de Prec. — In psalmo nono, regius psaltes integrum quemdam contexit iniquitatum catalogum; ait enim: *Superbit impius... Laudatur peccator in desiderii anima sua... Exacerbavit Dominum peccator... Iniquitate sunt via illius in omni tempore... Cujus maledictione os plenum est, et amaritudine, et dolo... Sedet in insidiis cum divitibus... ut interficiat innocentem*, etc. At vero, vultisne scire cuinam innitatur hæc tot enormium scelerum congeries? Huic nimirum, quia Deus a mente ipsorum exclusus erat, sibi que persuadebant, quod ab oculis ejus subducere se possent. Non est hoc a me excogitatum somnium, sed ipsiusmet Spiritus Sancti oraculum, qui per os Davidis inquit, Ps. x, 1 et seqq.: *Ut quid, Domine, recessisti longe? Non est Deus in conspectu ejus. Dixit in corde suo: Oblitus est Deus, averit faciem suam ne videat.* (Mansi, *Biblioth.* tr. 84, disc. 2, n. 2). Cf. Job. xxii, 4, 5, 6, 7, 9; 12, 13 et 14.

completamente cubiertos de ojos que no se cerraban nunca, y que consideraban á Dios presente por todas partes, en todos los lugares y en todos los estados en que se encontraban, y por éso se conservaban en la inocencia, y estaban muy distantes de ofender á esta divina Majestad que les estaba intimamente presente. Todo al contrario, la licencia desenfrenada y el desbordamiento de los vicios del pecador, dice la Escritura, vienen de que está tan ciego, que aunque Dios esté por todas partes, le acompañe y le mire continuamente, él lo há perdido de vista: *Non est Deus in conspectu ejus* 1. No tiene á Dios delante de los ojos, y, cómo se espresa la Escritura, no marcha en su presencia, *inquinata: sunt via illius* 2: sus vias, es decir, su vida está manchada con toda clase de crímenes. Ah! hé aquí la causa de todos sus desordenes. No preguntéis porqué sus pensamientos, sus deseos, sus acciones son tan abominables: *Non est Deus in conspectu ejus*. No busquéis otra razon para ello, nunca reflexiona que Dios le vé? »

Conclusion. Tales son, cristianos, así cómo os lo anunciaba al comenzar, las dos importantes lecciones que nos aparecen sensibles, por la conducta del servidor insolvente despues de álejarse de su ámo. Del mismo modo, en efecto, que este servidor, una vez salido de la presencia de su ámo, no hace nada bueno, sino que no realiza ya más que malas acciones; así nosotros mismos, desde que nos álejamos en cierta manera de la presencia de Dios, á saber, no pensando ya que él nos vé, no hacemos ningún bien, y realizamos, por el contrario, todo el mal que se nos ocurre ó que se nos propone. Puesto que el olvido de la presencia de Dios tiene consecuencias tan funestas, deberémos ápticarnos á cuidar contra

1. Ps. x, 5. — 2. Ps. ix, 25.

3. Texier, *serm. pour le dim. de l'Av.* — Sive quis corporum concupiscentia capiat, sive pecuniarum amore, sive alia quadam absurda voluptate, statim hoc verbum cogitet, quod ille est, qui nos condemnet, a quo non est possibile nos occultare, etiam que in mente nostra versentur; et omnino effugiemus etiam diabolicas machinationes, magnoque adjutorio superno juvabimur, quo nobis frui contingat gratia et benignitate Domini nostri JESU-CHRISTI (S. JOAN. CHRYSOST. hom. LXVIII, in Gen.).

este olvido. Pero cómo?. Nada más facil; acordandonos sin cesar, ó por lo ménos con frecuencia, al comenzar cada una de las acciones, que estamos ante la vista de Dios que vé todo lo que hacemos y aun todo lo que pensamos 1. Este recuerdo, renovado

1. ¿Qué es el ejercicio de la presencia de Dios? Es: 1.º una fé viva y habitual de esta verdad, que Dios llena el cielo y la tierra: *Celum et terram ego impleo*; Jer. xxiii, 24; que nos vé en las tinieblas cómo si fuera día, que distingue, no solamente nuestros actos, sino hasta los pensamientos más secretos: *Oculi Domini contemplantur universam terram*, II, Paralip. xvii, 9; *Omnia nuda et aperta sunt oculis ejus*, Hebr. iv, 13; que nos cubre con su esencia, nos penetra, cómo el agua penetra en la esponja en medio de los mares, de suerte que es de él que tenemos la vida, el movimiento y el sér, y que nos es más íntimo que no lo somos nosotros mismos. *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Act. xvii, 28. 2.º Esta fé viva debé estar acompañada de un profundo sentimiento de veneracion religiosa por las grandezas y perfecciones infinitas de Dios, de una aquiescencia llena de amor á sus voluntades adorables, á sus deseos, á todos sus designios, sean los que fueren, á todas sus gracias, que no piden para salvarnos más que un corazon fiel para corresponder; y de ahí nace, entre Dios y el alma, un santo comercio lleno de confianza y de amor, una santa émulation de sér agradable en todas cosas, haciendo en cada instante lo que le ágrada y de la manera que más le ágrada. 3.º Esta fé viva y esta veneracion religiosa de la presencia de Dios debe estar acompañada de un desapego perfecto de todos los placeres de los sentidos, de todas las cosas exteriores, aun de las que son para nosotros en el orden de Dios, de tal modo que prestandonos á todo por deber, no nos entregáremos hasta dejarnos absorber; de otro modo, la presencia de Dios no produciria en nosotros más que un sentimiento secundario; las cosas creadas, las noticias y bagatelas de la tierra, tendrían solas el privilegio de excitar nuestro interés y nuestra codicia, con detrimento de Dios, que aun las mejores cosas no tienen derecho de desterrar de nuestro espíritu y de nuestro corazon. Santa Magdalena, en el sepulcro, no se detiene con la belleza de los ángeles que se le aparecen; los vé sin dejarse distraer del pensamiento de Jesus; ella continúa en buscarle y en no descansar más que cuándo lo haya encontrado. Hé aquí nuestro modelo (Hamon, *Medit.* 19, martes despues de Pentecostes). — Leámos en la vida de muchos santos y entro otras de San Bernardo,

fréüentemente, nos estimula, por completo, tánto á hacer el bien y hacerlo perfectamente, cómo á éúitar el mal, y hasta la ápariencia del mal ¹. Y ¿ hacer el bien y éúitar el mal, no es marchar todo derecho por el camino del cielo?. No olvidémos, pues, nunca la presencia de Dios, áünque no sea visible ahora más que á los ojos de la fé; es el medio infalible de llegar á la felicidad de contemplarle al descubrierto en el cielo. Dios nos haga á todos la gracia de llegar!. Asi sea.

que este grán santo se habia construido en su corazon un retiro, en dónde á cada momento, en medio mismo de las negociaciones las más importantes y las más espinosas, conversaba con Dios, pidiéndole sus homenajes. Quién nos empide imitar su éjemplo, y cuándo estámos ácompañados, ó en los negocios, de tener cuidado de dirijir de tiempo en tiempo los ojos hacia áquel que habita en el fondo de nuestro corazon, y de pensar que estando en su presencia, debemos cuidar de no hacer nada que pueda desáprobar y condenar (Autor ánonimo, ap. Houdry, Biblioth. de los predicadores, art. *presencia de Dios*).

1. Yo pretendo que la presencia de Dios contiene todos los medios que pueden conducirnos á la perfección; que ella ilumina y ánima, alienta y sostiene, consuela y fortifica, arregla el interior y el exterior; que embellece el alma, la adorna con las virtudes más brillantes y que, sin embargo, la tiene en la más profunda humildad. Si, la presencia de Dios ilustra más que todos los libros, más que todas las predicaciones. La presencia de Dios ánima; ¿ porqué siendo la bondad misma, pudiese siempre pensar en él sin amarle, y podemos nosotros amarle sin sentir un vivo ardor por mostrarle el nuestro?. Si la meditacion, según el testimonio de David, enciende el fuego del amor divino, qué debe hacer el éjercicio de la presencia de Dios, puesto que es una meditacion continua?. En fin la presencia de Dios alienta á emprenderlo todo y á sufrirlo todo. Ella fortifica ya en los disgustos que nos abaten, ya en las tentaciones que nos átañan. Dios me vé combatir y careceré de firmeza?. Dios sabe que sufro, y quiere que yo sufra, y quisiera yo evitarlo?. Dios me ordena tal obra de caridad, de piedad, él mira y será testigo de ello, y ante su mirada rehúsaré obedecerle?. Andando cómo yo lo hago en vuestra presencia, Señor, quiero cumplir vuestras voluntades y guardar vuestros mandamientos. Es el Profeta quién habla: *Servavi mandata tua, et testimonia tua; quia omnes viæ meæ in conspectu tuo.* (Le Valois, *Œuvr., spirit.* tom. 4).

VIGESIMO PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

TERCERA INSTRUCCION.

El servidor á quién su ámo perdona su deuda rehúsa perdonar la suya á su deudor.

I. Naturaleza de la ley del perdón de las injurias. — II. Motivos para observarla. — III. Su sancion.

El objeto principal del Salvador, en la parábola que la Yglesia nos hace léer en este día, es el de instruirnos sobre la ley del perdón de las injurias. El ápostol san Pedro ácaba de formular esta cuestion: *Señor, si mi hermano peca contra mí, cuántas veces le perdonaré?. Será hasta siete veces?* Segun los doctores judios, no se debía perdonar más que hasta cuatro veces, por temor de que un perdón demasiado facil no se convirtiese en una excitacion á nuevas ofensas. Sin embargo, esta doctrina parecia, sin duda, poco generosa á muchos, y es por esto que san Pedro pidió si era hasta siete veces que se debía perdonar. Pero el divino Maestro le respondió: *En cuánto á mí, no os digo yo que perdonéis hasta siete veces, sinó hasta setenta veces siete veces*; lo cuál era una manera de hablar usada entre los judios para significar indefinidamente y siempre. Despues, queriendo imprimir más profundamente todavia esta verdad en el corazon de sus ápostoles, les propuso la parábola que ácabo de decir. Esta parábola nos hace efectivamente conocer, tánto en su esposicion cómo en su conclusion; primero, cuál es la naturaleza de la ley del perdón de las injurias; ségundo, cuáles son los motivos de observarla; tercero, cuál será su sancion. Es, pues, á esplicaros estos tres puntos que voy á consagrar la plática presente.

I. — *Naturaleza de la ley del perdón de las injurias.* — La naturaleza de la ley del perdón de las injurias nos está claramente indicada por las palabras del Salvador diciendo que, si no queremos sér